



KONVERGENCIAS LITERATURA

ISSN 1669-9092

Año III, Número 9, Diciembre 2008.

EL INTERIOR DE LA PALABRA Y EL AFUERA DE LAS COSAS: MENSAJE A LOS ESCRITORES.

Ernesto Fernando Iancilevich (Argentina)¹

Todo proyecto constituye la manifestación de un diseño, del cual es símbolo, como necesariamente ocurre: lo material es símbolo de lo intelectual, la acción un reflejo de la teoría, la sustancia una carnadura de la esencia.

Acercar el libro y la lectura al pueblo. Tal el título del proyecto que hoy nos convoca. Acercar es aprender, captar la intimidad viva de una realidad que se nos presenta. Diremos, entonces, **Acercar en la palabra el libro y la lectura al pueblo**. Reparemos por un momento en esto que se nos invita a oír: **El libro, la lectura, la palabra**. En el plano del conocimiento, el libro es el fenómeno, aquello que está ante la vista, lo obvio. Pero, en el plano ontológico, es la palabra lo que se ubica en primer lugar. Ciertamente, lo primero en el orden ontológico, es lo que percibimos último en el encadenamiento gnoseológico. Con ello, hemos de ver que el desarrollo de un concepto implica siempre un viaje de regreso al inicio. Como ya se ha sugerido, la esencia es causa de la sustancia, el intelecto de la materia, la teoría de la práctica. De modo que si aspiramos a contemplar la esencia de lo real, el progreso no sólo nos resultará inadecuado como sendero sino francamente invalidante, en cuanto busca el éxito, la salida hacia los extremos de la periferia. La contemplación intelectual se dirige, en cambio, al interior del centro, y ahí reside el desarrollo espiritual: en el regreso al necesario origen donde el destino se abre como posibilidad. Con respecto a lo que venimos diciendo, a menudo, suena entre nosotros la palabra subdesarrollo como antitética de progreso. Afirmamos, o creemos hacerlo, que, como sociedad, nos encontramos en una situación de subdesarrollo, porque hemos perdido, por así decirlo, el rumbo del progreso. No deja

¹ Poeta y ensayista, Licenciado en Bibliotecología y Documentación, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, donde cursó estudios de filosofía. Miembro del Colegio de Graduados de Filosofía y Letras, de la Asociación de Bibliotecarios Graduados de la República Argentina, de la Red Mundial de Escritores en Español, de la Sociedad Internacional de Autores y de la Sociedad Internacional de Escritores. Ha sido jurado nacional e internacional en certámenes literarios. Coordina seminarios de estudio, talleres literarios y cursos de redacción para profesionales, además de dictar conferencias y talleres para escritores y bibliotecarios. Forma parte del Tribunal Evaluador del Movimiento Solidario por las Letras, fundado por el Grupo de Escritores Piquenses (La Pampa). Su último libro de poesía, *Luz en la piedra de la noche*, ha sido presentado en la Feria Internacional de Libro en Buenos Aires y en La Noche de la Cultura de San Martín, Provincia de Buenos Aires. Ha recibido el Primer Premio Proyecto de trabajo-Biblioteca José Manuel Estrada, General Pico (2007), Primer Premio de poesía Universidad Nacional de Córdoba (2005), Primer Premio de poesía Encuentro de Escritores de Avellaneda- SADE filial Sur (2002 y 2001), Primer Premio de Poesía Dirección de Cultura Municipalidad de Avellaneda (1999), y Primer Premio de poesía Fundación El Libro/Edenor (1996).

verse fácilmente, en cuanto no se propaga sino muy en voz baja y casi a escondidas, que es precisamente el progreso el que engendra subdesarrollo. Nuestros mayores males planetarios fueron alumbrados (irónicamente, con una ceguera digna de la peor oscuridad) por la Revolución Industrial, a mediados del 1700. Con el inicio de la modernidad, Occidente inaugura la idea de progreso, sin saber que comienza a tejer su fin. El humo de las fábricas opacó la transparencia del cielo. En este hecho material descubrimos el símbolo de una realidad espiritual aún más terrible. Porque no podemos ya mirar a lo alto y contemplar el cielo, es que no sabemos sentar en lo profundo las bases de nuestra existencia. El daño infringido a la atmósfera –verdadera piel protectora de nuestro planeta- amenaza con sumirnos en un invierno glacial. De no mediar una actividad intelectual que restablezca el sentido y enderece nuestra relación con el ser, cualquier acción material devendrá tan ineficaz como superflua. En caso contrario, es fácilmente previsible que Occidente, la civilización del crepúsculo, abraza, con su omnímodo deseo de progreso, a toda la sociedad mundial, y que, en la época del final de un ciclo, lo humano desaparezca de la faz de la tierra, bajo el sello, acaso el sétimo sello, del progreso de la modernidad.

Entonces, y volviendo al punto de partida, del que no hemos intentado alejarnos más que para dar algunas explicaciones que entran en el terreno de lo meramente didáctico, a nuestro pesar. Decíamos **El libro, la lectura, la palabra**. Ahora, **La palabra, la lectura, el libro**. Y en la palabra vislumbramos la realidad del espejo. Palabra, imagen del pensamiento; también, reflejo de las cosas. A vez, intimidad y apertura. Manifestación, revelación, epifanía, la palabra, hacia adentro, escucha el silencio del pensamiento, y, hacia fuera, nombra las cosas. En cuanto nos disponemos a oír, el pensamiento nos habla. Y eso es la palabra: escucha de pensamiento. Escuchar es permanecer atento a lo que se oye. En esta permanencia, el pensar se patentiza. La palabra entregada al mundo, lo nombra. Nombrar es dar forma en la palabra. Nombre y forma, esencia y sustancia, celebran la memoria del ser. En los momentos más lúcidos del lenguaje, el pensar habla y la palabra que piensa. Alguna vez, intuimos que el pensar nos libera, para que el amar nos salve. Ambos se complementan: sin liberación interior, no hay posibilidad de salvación alguna. Como quería Holderlin: **Pensar lo más hondo, para amar lo más vivo**.

De libro se dice registro de memoria en la palabra. De la biblioteca, colección de registros de memoria. Cualquiera fuese su soporte físico, el libro registra la memoria del hombre, inaugura su historia y augura su permanencia. Un mundo sin libro es, ante todo, un mundo sin historia. Como colección, la biblioteca atesora esa memoria, la mantiene viva, nos la hace presente, cuando muchos intentan borrarla.

La biblioteca celebra la memoria creativa y crítica, íntima y pública, del hombre. Nadie está solo en una biblioteca: la humanidad lo acompaña. Cuando tanto se proclama la comunicación, en esta era de la agitación y el ruido, que se confunden con el sonido y el movimiento, y cuando los reflectores del panóptico satelital pretenden señalarnos el sendero correcto de la moral, nuestra civilización se opaca en un falta absoluta de ética interna y una ausencia de principios universales y metafísicos. En las bibliotecas, aún en las más pequeñas, lo humano es y está presente. Leer, hemos dicho, es mirar hacia adentro, de uno y de los otros. La lectura de un libro es mirada de interiores, entrega en silencio y soledad, intimidad entre dos que se encuentran. Entre el libro y la lectura, entre la liberación que aquel propone y la salvación que ésta imagina, una red de silencio enhebra el habla. La palabra es el punto crucial de esa

trama. A nosotros, escritores, se nos pide, hoy y aquí, que seamos leales a esa palabra y sepamos no destejer el hilo textual de la historia del hombre. Que no otra cosa se nos pide.

* Este mensaje fue leído a los escritores de la Provincia de La Pampa, Argentina, el 31 de marzo de 2007.